

CAPÍTULO 42

Violencia entre iguales y de género durante la adolescencia: un problema de salud pública

África Martos, Ana Belén Barragán, M^a del Mar Molero, M^a del Carmen Pérez-Fuentes, José J. Gázquez, y M^a del Mar Simón
Universidad de Almería (España)

Introducción

El aula es uno de los primeros contextos donde el individuo se desenvuelve al margen del grupo familiar, siendo aquí donde aparece la violencia escolar (Cerró, 2013; Sierra, 2010). La violencia escolar es entendida como aquellos actos intencionales, que pueden aparecer frecuentemente o de forma ocasional, y que atacan y atentan contra un tercero (Rodríguez y Delgado, 2010). En la actualidad, los episodios de violencia en la escuela y contra el grupo de iguales son una de las mayores preocupaciones a nivel social (Garaigordobil y Martínez-Valderrey, 2014), ya que afectan, al menos, a la mitad de los alumnos (Piñeiro, Areense, López-Espín, y Torres, 2014). Además, el fracaso escolar y el bajo rendimiento académico, la otra gran problemática de los centros educativos, se relacionan con la presencia de conductas antisociales entre los estudiantes (Cerezo y Méndez, 2013; Pérez-Fuentes, Gázquez, Mercader, Molero, y García-Rubira, 2011).

La violencia escolar no puede ser atribuida a una única causa, si no que tanto factores personales, como familiares, escolares y ambientales están en la base del maltrato entre iguales (Gázquez et al., 2015). Así, por ejemplo, en cuanto a la familia, las relaciones parentofiliales, el apoyo parental percibido y la autoestima familiar son variables influyentes en la aparición de violencia escolar (Martínez-Ferrer, Musitu, Amador, y Monreal, 2012); y en cuanto a aspectos escolares, son los centros públicos los que muestran una mayor frecuencia de sujetos que ejercen o sufren violencia entre iguales (Piñeiro, Areense, López-Espín, y Torres, 2014). No existe un único perfil de víctima y agresor dentro de la violencia escolar, aunque es cierto que determinadas características se asocian de forma frecuente a las víctimas (pasividad) y a los agresores (seguridad) (Avilés, Irurtia, García-López, y Caballo, 2011). En cuanto a la percepción de los jóvenes, estos atribuyen a variables relacionadas con el contexto social (consumo de drogas y pertenencia a un grupo conflictivo) un papel relevante en el origen de la violencia escolar (Pérez-Fuentes y Gázquez, 2010), mientras que los padres dan mayor importancia a la falta de educación en valores y respeto hacia los demás (Yuste y Pérez-Fuentes, 2008). Estudios como el de Pérez-Fuentes, Gázquez, Molero, Soler, y Barragán (2015), establecen que el perfil de agresor suele asociarse con el de alumno masculino, que ha suspendido varias asignaturas e incluso repetido, que muestran bajos niveles de conformidad y benevolencia, y altos en reconocimiento y admiración. Mientras que el perfil de víctima suele ser también el de un chico, poco generoso y que ayuda escasamente a los demás. Además, tanto agresores como víctimas, suelen mostrar bajos niveles de inteligencia emocional (Garaigordobil y Oñederra, 2010; Gázquez, Pérez-Fuentes, Díaz, García-Fernández, e Inglés, 2015; Pérez-Fuentes, Gázquez, Molero, y Parra, 2013).

En cuanto a las diferencias de género respecto a la violencia escolar, las agresiones verbales indirectas son realizadas y sufridas con mayor frecuencia por las chicas (Gázquez, Pérez-Fuentes, Carrión, y Santiuste, 2009), mientras que los chicos son los que más frecuentemente representan el papel de agresor (Pérez-Fuentes, Gázquez, Molero, Soler, y Barragán, 2015). En cuanto al curso, a medida que este aumenta, se ve reducida la violencia física en pro de la violencia verbal y psicológica, más propia de los cursos más elevados de secundaria (Piñeiro, Areense, López-Espín, y Torres, 2014).

Pero la violencia escolar no solamente es la que sucede entre jóvenes, sino que también puede suceder en el binomio profesor-estudiante, siendo las acciones violentas que con mayor frecuencia realizan los profesores el uso de las calificaciones como factor de presión al comportamiento del alumno y preferir a ciertos alumnos sobre otros. Mientras que las de mayor uso por parte de los alumnos son hablar en clase y el mal comportamiento (Domínguez, López-Castedo, Pino, y Álvares, 2013).

Volviendo a la violencia escolar entre iguales, algunas de las variables asociadas con esta y, más concretamente, con el rol de agresor, son el nivel de estudio de la madre (Pérez-Fuentes, Gázquez, Mercader, Molero, y García-Rubira, 2011), tener uno o ningún hermano (Prodócimo, Cerezo, y Areense, 2014), la pertenencia a una familia no nuclear biparental (Palacios, Polo, Felipe, León, y Fajardo 2013; Prodócimo, Cerezo, y Areense, 2014), el consumo de sustancias ilegales (Cerezo y Méndez, 2013) y el consumo de alcohol (Cerezo y Méndez, 2013). Además, las conductas de consumo en la población adolescente, han demostrado asociarse con otro tipo de conductas violentas, en este caso, las ejercidas en contra de la pareja sentimental (Muñoz-Rivas, Gámez-Guadix, Graña, y Fernández, 2010; González-Ortega, Echeburúa, y de Corral, 2008).

La violencia de género en las relaciones de noviazgo durante la adolescencia

A día de hoy, los conflictos y la violencia ejercida por los adolescentes representan dos problemas de alta preocupación (Bascón, 2013). Siguiendo a Fernández, Revilla, Domínguez, Ferreira, y Silva (2013), los índices y tipos de violencia donde los adolescentes son protagonistas, constituyen una lista amplia y variada que cambia dependientemente del contexto social y económico donde se encuentre el joven. Es destacable las similitudes encontradas entre la violencia escolar y de género, siendo ambas expresiones de dominio y sumisión muy presentes en nuestra sociedad, y especialmente entre nuestros jóvenes (Díaz-Aguado, 2006). Además, aquellos jóvenes que muestran conductas violentas con sus iguales en el medio escolar, suelen ejercer violencia física y psicológica contra sus parejas (Cava, Buelga, y Carrascosa, 2015).

La violencia de género consiste en el ejercicio de violencia en la relación entre un hombre y una mujer, como reflejo de la asimetría de poder establecida por la sociedad (Amurrio, Larrinaga, Usategui, y del Valle, 2010). Así, la violencia de género representa un problema de índole social, que tiene lugar independientemente de la edad, perfil y cultura del individuo, que ocurre tanto en contextos privados, como educativos o de trabajo (Padrós y Melgar, 2010) y que tiene sus primeras manifestaciones en la adolescencia (Arenas, 2013; González-Ortega, Echeburúa, y de Corral, 2008). En las parejas formadas por jóvenes, este grave problema se convierte en una cuestión de primer orden, debido a su alta incidencia y a lo complicado de su reconocimiento (Zurbano, Liberia, y Campos, 2015), más aún si tenemos en cuenta que año tras año, es mayor el número de chicas jóvenes que denuncian malos tratos por parte de sus parejas y que, de igual modo, aumenta el número de mujeres jóvenes que muere por violencia de género (Estébanez, 2010). Además, es relevante el hecho de que, una vez que tiene lugar el primer episodio de violencia en la pareja, este volverá a repetirse con una alta probabilidad (Muñoz-Rivas, Graña, y González, 2011). Es por ello que cada vez más colectivos profesionales y científicos requieren atención ante este tipo de conductas prevalentes en el colectivo adolescente (Bascón, 2013) y que, frecuentemente, son el “germen” de la violencia doméstica y de género en la edad adulta (Rubio, López-González, Ángel, y Sánchez-Elvira, 2012). Entre dichos colectivos se encuentra el de los profesionales de la salud, quienes reclaman el valioso papel de la salud pública sobre la prevención y el control de este tipo de violencia (Suelves, Jané, y Plasencia, 2010). Por lo que la violencia de género es considerada objeto de estudio e intervención desde la salud pública a nivel mundial (Valdez y Ruiz-Rodríguez, 2009).

Los datos acerca de relaciones adolescentes y violencia establecen una doble preocupación, puesto que la manifestación de violencia de género por parte de los jóvenes se relaciona con la aparición en el adulto de este tipo de violencia (Cenizo, del Moral, y Varo, 2011). Así, los adolescentes son el grupo de

edad que justifica, en mayor grado, la violencia doméstica y de género (De la Osa, Andrés, y Pascual, 2013; Hernando 2007), especialmente aquellos que han estudiado en centros públicos o que tienen un nivel social, económico y cultural más bajo (Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013). Esto podría deberse a la influencia de los mensajes que los adolescentes reciben de otros adolescentes y medios culturales, como las series y películas, acerca de qué es el amor. Estos mensajes son en su mayoría mitos que versan sobre el binomio amor-sufrimiento y sobre que el amor todo lo puede. Así, los jóvenes, tratando de conocer qué comportamientos son normales en las parejas, hallarían los comportamientos sexistas y violentos (como los celos, el chantaje o la posesión, entre otros) como conductas corrientes y comprensibles (Estébanez, 2010). Además, el modelo aprendido de atractivo masculino prototípico supone que muchas chicas jóvenes muestren sentimientos de atracción afectiva y sexual hacia jóvenes violentos (Padrós, 2012).

Estudios como el de Estébanez (2010), García (2013) o el de Celis y Rojas (2015) arrojan datos alarmantes acerca de la violencia de género ejercida entre adolescentes. Estos autores hallaron en su estudio que los jóvenes que recibieron malos tratos por partes de sus parejas, rara vez fue de un solo tipo. Además, manifestaron en su mayoría haber ejercido, a su vez, violencia sobre sus parejas. Así, según estos autores, la agresión entre adolescentes sería bidireccional y poli-perpetrada (es decir, ejercida de múltiples formas). Esto va en consonancia con lo establecido por otros autores, quienes aseguran que, en las parejas formadas por adolescentes, es usual el control bidireccional, constituyendo, en su mayoría, relaciones asfixiantes (Arenas, 2013; Blanco, 2014; Cortés-Ayala et al., 2015; Rubio, López-González, Ángel, y Sánchez-Elvira, 2012). De esta forma, aunque los actos violentos en las parejas formadas por jóvenes que de forma más frecuente ocurren no están relacionados con violencia física severa, comportamientos como empujar, sujeción, lanzamientos, hostilidad, golpes o mordiscos ocurren de forma recíproca en la pareja de manera usual (Rubio, López-González, Ángel, y Sánchez-Elvira, 2012). Es destacable el hecho de que, independientemente de quien empiece la agresión, la violencia ejercida por el hombre suele provocar consecuencias sobre la salud de la mujer mucho más graves (Rubio-Garay, Carrasco, Amor, y López-González, 2015).

En este grupo de población acerca de la que tratamos, la aparición de episodios violentos durante la relación amorosa, correlaciona negativamente con el bienestar entorno a esta, lo que equivale a un bienestar psicológico menguado en aquellas jóvenes víctimas de violencia de género (Mohamed, Herrera, y Carracedo, 2014). Además, se establece la violencia psicológica, verbal y emocional como las más frecuentes en este tipo de relación (Cortés-Ayala et al., 2015; Cava, Buelga, y Carrascosa, 2015; Fernández-Fuertes, Orgaz, y Fuertes, 2011; González-Ortega, Echeberú, y de Corral, 2008). Esto coincide con lo hallado por Muñoz-Rivas, Graña, y González (2011) y Samaniego y Freixas (2010), quienes afirman que la violencia mayoritaria en las parejas formadas por jóvenes, es la psicológica y la de tipo sexual, siendo la física la menos frecuente, a pesar de ser la que se reconoce entre los jóvenes con mayor facilidad. Esto puede deberse a que la violencia psicológica, puesto que sus consecuencias negativas “visibles” son de corta duración, a diferencia de la violencia física es interpretada como menos grave (Muñoz-Rivas, Graña, y González, 2011).

En cuanto al perfil del adolescente agresor en la pareja, este suele mostrar determinadas características de personalidad (altas puntuaciones en impulsividad e ira, y bajas en empatía y autoestima), un comportamiento violento y favorable hacia el mismo, vivencias previas de violencia (bien en otras relaciones anteriores o en la niñez), dependencia emocional y celos y conductas de abuso de drogas y alcohol. El de la víctima, suele pertenecer al de una persona con bajo nivel de escolarización, con bajas puntuaciones en autoestima y/o asertividad, una red de apoyo corta o inexistente y que muestra relación con grupos violentos y consumidores de alcohol y drogas (González-Ortega, Echeburúa, y de Corral, 2008).

Estereotipos de género e inicio y mantenimiento del sexismo

Desde la infancia, los niños y niñas aprenden a socializarse en el entorno familiar, social, y mediante los medios de comunicación. Así, los niños crecen en un medio donde se condena activamente la violencia de género, pero reciben constantemente mensajes sexistas (Arenas, 2013). Este tipo de socialización está marcado por el modelo social mixto predominante en nuestra sociedad, en el cual se establece qué valores, actitudes, emociones y comportamientos son los adecuados para cada género (Colombo, Pombo, y Luxardo, 2012; Muñiz, Cuesta, Monreal, y Povedano, 2015). Por ejemplo, la reproducción y el cuidado de otros son funciones sociales que, de forma prototípica, los jóvenes asignan al género femenino (García-Pérez, Rebollo, Buzón, González-Piñal, Barragán, y Ruiz-Pinto, 2010). Estos comportamientos aprendidos en la socialización, marcan la sexualidad desde muy temprana edad y, en muchos casos, son determinantes de las conductas entre géneros que tendrán lugar en la edad adulta de estos individuos (González-Gómez y Cabrera, 2013). De este modo, es durante la infancia y la adolescencia cuando se asumen los roles que determinan sus posiciones de poder (Iniesta e Invernón, 2015). Estos roles incluyen los tópicos sexistas de entrega y sumisión en el género femenino y de dominio en el masculino, que se traduce en el control de la otra persona sin que los miembros de la pareja lo perciban de este modo (Blanco, 2014). Un ejemplo de estos estereotipos aprendidos lo encontramos en el estudio de Rey (2008), quien halló que aquellos adolescentes que habían sido testigos de violencia doméstica en sus hogares, aprendieron y manifestaron tener unas actitudes machistas (en el caso de los chicos) y sumisa (en el caso de las chicas) más marcadas que el resto de jóvenes del estudio. La escuela es otro de los grandes medios socializadores del individuo, siendo su papel clave para la eliminación del modelo dominio-sumisión típico de los valores sexistas. Para ello, es clave la eliminación del modelo tradicional marcado por estereotipos de género, la promoción de acciones que aúnen esfuerzos entre la escuela y la sociedad, y el establecimiento de planes de convivencia que incluyan la violencia de género, entre otras medidas (Díaz-Aguado y Martín, 2011). Así, el ámbito educativo juega un papel clave en la prevención de la violencia de género (Arenas, 2013; Estébanez, 2010; Martín y Tellado, 2012).

Los comportamientos abusivos y violentos están determinados, en su mayoría, por el conjunto de actitudes y creencias que justifica dicha violencia (Muñiz-Ricas, Graña, y González, 2011). De esta forma, el sexismo legitima la desigualdad y la discriminación contra el género femenino, situándolo en un escalón por debajo del hombre (Ovejero, Yubero, Larrañaga, y Navarro, 2013). Así, el sexismo no solo repercute en las víctimas de la violencia que nace a partir de este, sino que impide el desarrollo pleno de la personalidad, limitando el crecimiento del hombre o mujer que lo padece (Díaz-Aguado y Martín, 2011). Por otro lado, los prejuicios de género y la violencia en el ámbito doméstico y familiar suponen la perpetuación de esta lacra en la descendencia que presencia dichos episodios, puesto que los jóvenes que son testigos de machismo y violencia entre sus progenitores, presentan un mayor riesgo de establecer relaciones sentimentales violentas debido al desarrollo y aprendizaje de actitudes machistas (Rey, 2008).

En la actualidad, dados los avances tecnológicos y la disponibilidad y acceso a los medios de comunicación e información, la violencia de pareja ha adquirido nuevos escenarios, como las redes sociales e internet. De manera que la violencia en el noviazgo online hace referencia al uso de las TICs (Tecnología de la Información y la Comunicación) para controlar, menospreciar, conseguir el aislamiento y dominación de la víctima (Muñiz, Cuesta, Monreal, y Povedano, 2015). Además, las TICs suponen un medio clave en la difusión de estereotipos sexistas (Blanco, 2014). Zurbano, Liberia, y Campo (2015) denuncian que los medios de comunicación difunden la violencia de género como agresiones físicas dentro de un marco muy delimitado: violencia en el entorno afectivo reflejo de la tradicional violencia doméstica.

Conclusiones

Uno de los motivos de la perpetuación intergeneracional de este modelo de sociedad sexista, es que los niños y jóvenes adoptan este modelo confiando en la adecuación del mismo, debido a la sabiduría que atribuyen a los adultos que les rodean (Estévez, Jiménez, y Moreno, 2010). Así, los esquemas machistas y de violencia son una realidad en las relaciones entre jóvenes (Padrós y Melgar, 2010), sin que estos, en su mayoría, lo perciban (González-Ortega, Echeburúa, y de Corral, 2008). Por ello, es necesario realizar investigaciones acerca de la violencia sexista, indagando en la perspectiva de género, ya que los distintos roles asumidos durante la infancia, y más profundamente en la adolescencia, influyen en la identidad del individuo y en cómo se manifiesta la violencia escolar y de género (Iniesta e Invernón, 2015). Por ejemplo, de acuerdo con Cortés-Ayala (2015) y López-Cepero, Rodríguez-Franco, Rodríguez-Díaz, Bringas, y Paíno (2015), entre las parejas jóvenes, las chicas tienden a mostrar una menor victimización que los varones, debido a que tienden a restar importancia cuando son víctimas de episodios violentos. Esta tendencia del varón joven a indicar recibir un mayor control y agresión por parte de su pareja que las chicas, puede deberse a la condena social cuando la situación se da al contrario (Arenas, 2013). De acuerdo con Sánchez y Martín (2015), es preciso diseñar y establecer programas que promuevan relaciones de igualdad entre los jóvenes para atajar en las relaciones de abuso y desequilibrio entre géneros. Pero estos programas no pueden limitarse al abordaje convencional en relación a la violencia de género (medidas de tipo penales, laborales, legislativas o policiales), sino que deben complementarse mediante la prevención y la intervención desde la educación. La intervención educativa, así, toma una relevancia especial durante la etapa adolescente, siendo esta en la que el individuo se inicia en las relaciones de tipo afectivosexuales (Venegas, 2010). En este sentido, el meridiano de la adolescencia (entre los 14 y los 16 años) es el momento en el que el individuo justifica en mayor grado los estereotipos sexistas, siendo, por tanto, esta edad y sus años anteriores el momento clave para la trabajar y desarrollar acciones educativas destinadas a conseguir valores de igualdad (es decir, cuando el alumnado se encuentra cursando la Educación Secundaria Obligatoria) (De la Osa, Andrés y Pascual, 2013). Padrós y Melgar (2010) llaman la atención acerca de que los programas no deben centrarse solamente en las víctimas de la violencia, sino que deben prevenir la agresión, considerando las relaciones de tipo amorosas y sexuales que se establecen entre los jóvenes. Así, Estébanez (2010) destaca que, el centro educativo no puede enseñar cómo querer a alguien, pero es el lugar idóneo para trabajar la prevención y detección de la violencia de género.

Es preciso conocer y comprender la causas y factores que influyen en la violencia de género durante la adolescencia (Arenas, 2013), así como establecer programas que ayuden a combatir esta lacra una vez se obtengan los perfiles y variables que median en el inicio de este tipo de violencia.

Referencias

- Amurrio, M., Larrinaga, A., Usategui, E., y del Valle, A.I. (2010). Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao. *Revista de Servicios Sociales*, 47, 121-134.
- Arenas, L. (2013). Sexismo en adolescentes y su implicación en la violencia de género. *Boletín Criminológico*, 144, 1-5.
- Avilés, J.M., Irurtia, M.J., García-López, L.J., y Caballo, V.E. (2011). El maltrato entre iguales: "Bullying". *Behavioral Psychology*, 19(1), 57-90.
- Barcón, M.J. (2013). Conflictividad y violencia de género en adolescentes. Un estudio discursivo del ajuste psicológico en escenarios socioculturales. *Prisma Social*, 11, 260-293.
- Blanco, M.A. (2014). Implicaciones del Uso de las Redes Sociales en el Aumento de la Violencia de Género en Adolescentes. *Comunicación y Medios*, 30, 124-141.
- Cava, M.J., Buelga, S., y Carrascosa, L. (2015). Violencia física y psicológica ejercida en parejas adolescentes: relación con el autoconcepto y la violencia entre iguales. *Behavioral Psychology*, 23(3), 429-446.
- Celis, A., y Rojas, J.L. (2015). Adolescentes mexicanos como víctimas y perpetradores de violencia en el noviazgo. *Reidocrea*, 4(9), 60-65.

- Cenizo, M., del Moral, G., y Varo, R. (2011). El teatro como medio de sensibilización contra la violencia de género en la adolescencia. *Stichomythia*, 11(12), 255-267.
- Cerezo, F., y Méndez, I. (2013). Agresores en bullying y conductas antisociales. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(1), 5-14.
- Cerró, E. (2013). La violencia escolar desde la perspectiva de los docentes de una institución de educación media del municipio de Valencia. *REDHECS*, 8(15), 16-33.
- Colordo, G., Pombo, G., y Luxardo, N. (2012). Género, embarazo y violencia: Modelos familiares, redes de apoyo y construcción de proyectos personales desde la perspectiva de las adolescentes. *Revista Internacional de Investigación en Ciencias Sociales*, 8(2), 161-182.
- Cortés-Ayala, L., Flores, M., Brigas, C. Rodríguez-Franco, L., López-Cepero, J., y Rodríguez, F.J. (2015). Relación de maltrato en el noviazgo de jóvenes mexicanos. Análisis diferencial por sexo y nivel de estudios. *Terapia psicológica*, 33(1), 5-12. doi: 10.4067/S0718-48082015000100001
- De la Osa, Z., Andrés, S., y Pascual, I. (2013). Creencias adolescentes sobre la violencia de género. Sexismo en las relaciones entre adolescentes. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(3), 265-275.
- Díaz-Aguado, M.J. (2006). Sexismo, violencia de género y acoso escolar. Propuesta para una prevención integral de la violencia. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 38-57.
- Díaz-Aguado, M.J., y Martín, G. (2011). Convivencia y aprendizaje escolar en la adolescencia desde una perspectiva de género. *Psicothema*, 23(2), 252-259.
- Domínguez, J., López-Castedo, A., Pino, M., y Álvarez, E. (2013). Violencia escolar: la díada interpersonal profesorado-alumnado. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(2), 75-86.
- Estébanez, I. (2010). "Te quiero... (solo para mi)": Relaciones adolescentes de control. *TABANQUE*, 23, 45-68.
- Estévez, E., Jiménez, T., y Moreno, D. (2010). Cuando las víctimas de violencia escolar se convierten en agresores: "¿Quién va a defenderme?". *European Journal of Education and Psychology*, 3(2), 177-186.
- Fernández, C., Revilla, J., Domínguez, R., Ferreira, L., y Silva, J.P. (2013). Explicaciones y representaciones de la violencia de jóvenes escolares brasileños. *Revista de Educación*, 36(1), 13-36.
- Fernández-Fuertes, A.A., Orgaz, B., y Fuertes, A. (2011). Características del comportamiento agresivo en las parejas de los adolescentes españoles. *Behavioral Psychology*, 19(3), 501-522.
- Garaigordobil, M., Aliri, J., y Martínez-Valderrey, V. (2013). Justificación de la violencia durante la adolescencia: Diferencias en función de variables sociodemográficas. *European Journal of Education and Psychology*, 6(2), 83-93.
- Garaigordobil, M., y Martínez-Valderrey, V. (2014). Victimización, percepción de la violencia y conducta social. *Infancia y Aprendizaje*, 37(1), 90-116.
- Garaigordobil, M., y Oñederra, J.A. (2010). Inteligencia emocional en las víctimas de acoso escolar y en los agresores. *European Journal of Education and Psychology*, 3(2), 243-256.
- García, D. (2013). Sexismo en adolescentes y su implicación en la violencia de género. *Boletín Criminológico*, 144, 2-5.
- García-Pérez, R., Rebollo, M.A., Buzón, O., González-Piñal, R., Barragán, R., y Ruiz-Pinto, E. (2010). Actitudes del alumnado hacia la igualdad de género. *Revista de Investigación Educativa*, 28(1), 217-232.
- Gázquez, J.J., Barragán, A.B., Pérez-Fuentes, M.C., Molero, M.M., Garzón, A., y Martos, A. (2015). Factors Associated with School Violence: A Systematic Review. *British Journal of Education, Society & Behavioural Science*, 11(3), 1-12.
- Gázquez, J.J., Pérez-Fuentes, M.C., Carrión, J.J., y Santiuste, V. (2009). Estudio y análisis de conductas violentas en Educación Secundaria en España. *Universitas Psychologica*, 9(2), 371-380.
- Gázquez, J.J., Pérez-Fuentes, M.C., Díaz, A., García-Fernández, J.M., e Inglés, C.J. (2015). Perfiles de inteligencia emocional y conducta social en adolescentes españoles. *Psicología Conductual*, 23(1), 141-160.
- González-Gómez, M.P., y Cabrera, C.C. (2013). Actitudes hacia los roles sexuales y de género en niños, niñas y adolescentes (NNA). *Plumilla Educativa*, 12, 339-360.
- González-Ortega, I., Echeberúa, E., y de Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Behavioral Psychology*, 16(2), 207-225.
- Hernando, A. (2007). La prevención de la violencia de género en adolescentes. Una experiencia en el ámbito educativo. *Apuntes de Psicología*, 25(3), 325-340.
- Iniesta, A., e Invernón, A.I. (2015). Violencia escolar y relaciones de género: una aproximación teórica. *Femenino/s*, 25, 71-87.

- López-Cepero, J., Rodríguez-Franco, L., Rodríguez-Díaz, J., Bringas, C., y Paíno, S.G. (2015). Percepción de la victimización en el noviazgo de adolescentes y jóvenes españoles. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 6, 64-71.
- Martín, N., y Tellado, I. (2012). Violencia de género y resolución comunitaria de conflictos en los centros educativos. *Géneros*, 1(3), 300-319.
- Martínez-Ferer, B., Musitu, G., Amador, L.V., y Monreal, M.C. (2012). Estatus sociométrico y violencia escolar en adolescentes: implicaciones de la autoestima, la familia y la escuela. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(2), 55-66.
- Mohamed, L., Herrera, L., y Carracedo, S. (2014). Violencia de pareja en jóvenes estudiantes universitarios de diferente origen cultural. *Dedica*, 5, 223-236
- Muñiz, M., Cuesta, P., Monreal, M.C., y Povedano, A. (2015). Violencia de pareja online y offline en la adolescencia: el rol de la soledad y del género. *Revista sobre la Infancia y la Adolescencia*, 9, 85-97.
- Muñoz-Rivas, M.J., Graña, J.L., y González, M.P. (2011). Abuso psicológico en parejas jóvenes. *Behavioral Psychology*, 19(1), 117-131.
- Muñoz-Rivas, M.J., Gámez-Guadix, M., Graña, J.L., y Fernández, L. (2010). Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles. *Adicciones*, 22(2), 125-134.
- Ovejero, A., Yubero, S., Larrañaga, E., y Navarro, R. (2013). Sexismo y comportamiento de acoso escolar en adolescentes. *Behavioral Psychology*, 21(11), 157-171.
- Padrós, M. (2012). Modelos de atractivo masculinos en la adolescencia. *Masculinities and Social Change*, 1(2), 165-183.
- Padrós, M., y Aubert, A. (2010). Modelos de atracción de los y las adolescentes. Contribuciones desde la socialización preventiva de la violencia de género. *Revista Interuniversitaria de Pedagogía Social*, 17, 73-82.
- Palacios, V. Polo, M.I., Felipe, E., León, B., y Fajardo, F. (2013). Tipología familiar y dinámica bullying/cyberbullying en Educación Secundaria. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(2), 161-170.
- Pérez-Fuentes, M.C., y Gázquez, J.J. (2010). Variables relacionadas con la conducta violenta en la escuela según los estudiantes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 10(3), 427-437.
- Pérez-Fuentes, M.C., Gázquez, J.J., Mercader, I., Molero, M.M., y García-Rubira, M.M. (2011). Rendimiento académico y conductas antisociales y delictivas en alumnos de Educación Secundaria Obligatoria. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 11(3), 401-412.
- Pérez-Fuentes, M.C., Gázquez, J.J., Molero, M.M., y Parra, r. (2013). Análisis de las conductas antisociales-delictivas y los componentes de la Inteligencia Emocional en relación al rendimiento académico de estudiantes universitarios. En J.J. Gázquez, M.C. Pérez-Fuentes, M.M. Molero y R. Para (Coords.). *Investigación en el ámbito escolar: un acercamiento multidimensional a las variables psicológicas y educativas* (pp.477-484). Almería, España: ASUNIVEP.
- Pérez-Fuentes, M.C., Gázquez, J.J., Molero, M.M., Soler, F.J., y Barragán, A.B. (2015). Valores interpersonales relacionados con el perfil de agresor y víctima en adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 15(2), 229-239.
- Piñeiro, E., Areñse, J.J., López-Espín, J.J., y Torres, A.M. (2014). Incidencia de la violencia y victimización escolar en estudiantes de educación secundaria obligatoria en la región de Murcia. *Revista de Investigación Educativa*, 32(1), 223-241.
- Prodócimo, E., Cerezo, F., y Areñse, J.J. (2014). Acoso escolar: variables sociofamiliares como factores de riesgo o de protección. *Behavioral Psychology*, 22(2), 345-359.
- Rey, C.A. (2008). Habilidades pro sociales, rasgos de personalidad de género y aceptación de la violencia hacia la mujer, en adolescentes que han presenciado violencia entre sus padres. *Acta Colombiana de Psicología*, 11(1), 107-118.
- Rodríguez, A. y Delgado, G. (2010). Estudio de expresiones de violencia escolar entre estudiantes de escuelas básicas venezolanas. *Revista de Investigación*, 70(34), 57-60.
- Rubio-Garay, F., Carrasco, M.A., Amor, P.J., y López-González, M.A. (2015). Factores asociados a la violencia en el noviazgo entre adolescentes: una revisión crítica. *Anuario de Psicología Jurídica*, 25, 47-56.
- Rubio-Garay, F., López-González, M.A., Ángel, L., y Sánchez-Elvira, A. (2012). Direccionalidad y expresión de la violencia en las relaciones de noviazgo de los jóvenes. *Acción Psicológica*, 9(1), 61-70.
- Samaniego, E., y Freixas, A. (2010). Estudio sobre la identificación y vivencia de violencia en parejas adolescentes. *Apuntes de Psicología*, 28(3), 349-366.